

LOS BACHILLERATOS POPULARES: UNA NUEVA EDUCACIÓN PARA NUEVOS ACTORES SOCIALES

Javier Torres Molina
Universidad Nacional de Río Negro / Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

Crisis social y los nuevos actores

La crisis social que azotó a nuestro país desde la década de los noventa, a través de la aplicación de las políticas neoliberales, tuvo su correlato en el surgimiento de nuevos movimientos sociales que se convirtieron en actores privilegiados de la política nacional.

En efecto, el impacto de las políticas neoliberales sobre el conjunto de la población que significaron el aumento considerable de los índices de la desocupación y de la situación de pobreza e indigencia en que pasó a encontrarse un porcentaje importante de los habitantes.

En ese sentido, la emergencia de las organizaciones de desocupados –denominados piqueteros–, en Argentina, ha sido abordada desde las ciencias sociales, resaltando la importancia dentro del movimiento social debido en algunos casos a sus métodos de protesta heredados del movimiento obrero y fundamentalmente a la clase social que los protagoniza, donde el sujeto social capaz de generar organización y protagonizar la protesta social no se encuentra dentro de la fábrica, contradiciendo a los manuales de la izquierda dogmática.

Por ejemplo, los trabajos más característicos que analizan la temática de los movimientos de desocupados constituyen una de las experiencias más trascendentales de la Argentina de la última década, y las razones que implican su surgimiento obedecen a las transformaciones operadas a nivel económico, social y político en el país en los últimos años, además de la existencia de tradiciones organizativas que se reclaman herederas del sindicalismo clasista y el debilitamiento del peronismo en los sectores populares (Svampa y Pereyra, 2005).

Las puebladas originadas en un primer momento en lugares donde la privatización de YPF y de otras empresas mostró a las claras las consecuencias del modelo económico sobre el mercado laboral como sucedió en Cutral-Có y Plaza Huinul, en la provincia de Neuquén, y en Tartagal y General Mosconi, en Salta, donde para “apagar el incendio” desde el gobierno nacional se implementó la entrega de subsidios para los desempleados y luego el surgimiento y desarrollo en el Gran Buenos Aires y en todo el país de las organizaciones de desocupados, cuya principal reivindicación fue la entrega de planes sociales, significó a las claras un nuevo actor político con un importante poder de movilización que iba a tener su relevancia en la escena política argentina y no sólo por sacar a la superficie los graves problemas sociales que se derivaron de la falta de trabajo.

Sin duda, la obtención de planes sociales fue el punto de partida, y, fundamentalmente, la disputa en torno a su manejo fue una novedad, ya que hasta ese momento eran administrados por los denominados punteros del partido oficialista en función de sus propias necesidades.

Si bien el universo de organizaciones de desocupados continúa siendo muy amplio, algunos movimientos desarrollaron una mecánica de funcionamiento con respecto al manejo de los planes que resignificaron esa “ayuda social” para generar nuevas organizaciones sociales.

Las acciones de protesta desarrolladas por los movimientos de desocupados a través del corte de ruta y las movilizaciones de los desocupados en las calles de las ciudades más importantes –sumadas al estallido social de diciembre del 2001– implicaron que desde los sectores dominantes se pidiera, incluso, la represión y desde los medios de comunicación se demonizara a esas organizaciones. Ese poder de movilización con el tiempo se fue convirtiendo en un “problema” para los diferentes gobiernos, por lo que la política social implementada con respecto a los desocupados estuvo atravesada por los intentos de contener y contrarrestar a ese nuevo actor político, más allá de la situación económico-social en que se encontrasen quienes integraban esos movimientos.

Aunque menos masivo, otro actor político surgido al calor de la crisis social lo constituyen los trabajadores que han decidido tomar las fábricas en las que trabajaban una vez que sus dueños dejaron de pagar los salarios o declararon la quiebra de sus empresas.

Primero, como forma de protesta y para evitar el vaciamiento de las maquinarias y, luego, como nueva modalidad de funcionamiento de carácter autogestivo, el surgimiento de cooperativas de trabajo que pusieron a funcionar las fábricas “sin patrones” –es decir en manos de sus trabajadores– y la permanencia a través del tiempo de esa modalidad marca a las claras tanto una nueva forma de organización productiva como una nueva práctica política.

Marcamos estos dos actores políticos –organizaciones de desocupados y fábricas recuperadas– porque serán, principalmente, los integrantes de sus organizaciones quienes impulsarán el establecimiento de los bachilleratos populares.

La aplicación de las políticas neoliberales, por supuesto, tuvo su impacto en el sistema educativo, que se tradujo –según expresa Roberto Elisalde (2)– “en un proceso cada vez mayor de expulsión de jóvenes y de adultos de la escuela media formal y un crecimiento en los requerimientos para la educación de adultos”.

En consecuencia, entendemos que el surgimiento de los Bachilleratos Populares es un intento de los nuevos movimientos sociales de dar respuestas a la crisis que atravesó al conjunto de la sociedad y a la necesidad de legitimar sus prácticas y abrir sus actividades a la comunidad, independientemente de si se es parte o no de una determinada organización social.

Educación popular y movimientos sociales

Para analizar a los Bachilleratos Populares, necesariamente debemos remitirnos al concepto de Educación Popular elaborado por Paulo Freire.

Escrito durante su exilio en Chile, *Pedagogía del oprimido* (1970) presenta lo que no es meramente una nueva pedagogía, sino un plan para la liberación auténtica del hombre, sea opresor u oprimido. Paulo Freire critica el sistema tradicional de la educación –que denomina “la educación bancaria”– y presenta una nueva pedagogía donde los educadores y los

educandos trabajan juntos para desarrollar una visión crítica del mundo en que viven. Freire comienza escribiendo sobre la búsqueda de las raíces de los problemas que la humanidad enfrentaba a fines de los sesenta y sugiere que el hombre es un “ser inconcluso”, y que la deshumanización existente en el mundo “es distorsión de la vocación de SER MÁS”. Esta distorsión conduce a los oprimidos a “luchar contra quien los minimizó” y esa lucha sólo tiene sentido cuando los oprimidos no se transforman en opresores de sus opresores, “sino en restauradores de la humanidad de ambos”. Esta restauración solamente puede venir de los oprimidos porque son ellos los que entienden la necesidad de la liberación. El oprimido tiene que liberarse psicológicamente para no convertirse en opresor porque ellos tienden a “identificarse con su contrario”. Como ejemplo concreto, Freire menciona el caso de los oprimidos que quieren la reforma agraria, “no para liberarse, sino para poseer tierras y, con estas, transformarse en propietarios o, en forma más precisa, en patrones de nuevos empleados”. Ambos –los opresores y los oprimidos–, temen a la libertad, pero por razones diferentes: “En los oprimidos el miedo a la libertad es el miedo de asumirla, en los opresores el miedo de perder la libertad de oprimir”. Un cambio revolucionario exige lo que los dominadores no tienen: confianza en el pueblo. El mismo pueblo oprimido carece de esta cualidad, debido al hecho de que se identifica con su opresor.

Sólo cuando los oprimidos descubren nítidamente al opresor, y se comprometen en la lucha organizada por su liberación, empiezan a creer en sí mismos, superando así su complicidad con el régimen opresor. Este descubrimiento, sin embargo, no puede ser hecho a un nivel meramente intelectual, sino que debe estar asociado a un intento serio de reflexión, para convertirse en praxis.

Para Freire la práctica educativa adquiere un carácter eminentemente político ya que es necesario dar una concientización al oprimido a través de una educación problematizadora para que el sujeto se convierta en un crítico de la realidad.

La Educación liberadora que propone tiene una función social pues parte de la situación real de los pueblos, de las masas populares carentes de recursos "dominados" por una minoría social "opresora" y pretende una educación masiva que lleve al reconocimiento de la realidad social y desde allí concibe a la educación como una práctica para la libertad.

La fuerte crítica que realiza a la educación tradicional tiene que ver con que esta considera a los alumnos como unos recipientes en los cuales se depositan los conocimientos: el maestro es un depositario y los conocimientos son los depósitos que realiza cotidianamente. La concepción bancaria de la educación pretende transformar la mente de los individuos para que se adapten mejor a las situaciones reales y poder dominarlos con mayor facilidad. Cuando más pasivos sean, proporcionalmente se adaptarán, por lo tanto, se disminuye su creatividad, estimulan la inocencia, lo cual crea las condiciones para que los opresores surjan como sujetos generosos.

La pedagogía que propone Freire sugiere que el individuo se libere cultivando su ser, estando con el mundo y no en el mundo, lo cual se alcanza a través de la liberación, para ello se requiere que la educación deje de ser alienante y mecanicista.

La educación liberadora en el individuo tiene que ser un acto cognitivo en el que se comprenda y analice el contenido, superando la división existente entre el maestro y el alumno; dejar de lado la relación unidireccional para que la bidireccionalidad contribuya a la educación integral de ambos, puesto que los dos tienen elementos que aportar para la enseñanza, de lo contrario si se pierde el sentido axiológico mutuo, sólo se convierte en un acto memorístico específico. El papel del educador reside en la problematización del mundo próximo al oprimido, crear las condiciones apropiadas para que el aprendizaje desarrolle nuevas expectativas a fin de alcanzar un carácter auténticamente reflexivo y descubrir su propia realidad, provocando nuevos desafíos hacia la autoconstrucción del mundo en que tengan participación real y directa sobre las acciones que emprenden.

Llevando esas ideas a la práctica, varios movimientos sociales realizan actividades de “formación”, a través de la Educación Popular. Por ejemplo, desde el Frente Popular Darío Santillán se expresa en una cartilla (3): “La formación para nosotros es un elemento esencial en la construcción del cambio social. Nos formamos en la lucha, en el trabajo libre y compartido, en la participación en las asambleas y reuniones de áreas, y a través de los talleres de formación. Utilizamos herramientas y dinámicas de Educación Popular, que nos permiten participar a todos por igual. En estos ámbitos reflexionamos sobre la práctica, para ampliar la participación y el compromiso del pueblo. Analizamos y comprendemos la realidad. Cuantos más seamos los que luchamos y pensamos, más certezas y poder podremos construir. Buscamos decidir por nosotros mismos, para eso necesitamos estar informados y formados, siempre colectivamente. Se trata de mejorar como militantes y como personas, de desarrollar y multiplicar los valores solidarios, nuevas formas de relacionarnos que derroten un poquito cada día los valores del dominador, sus ideas.

Desde la Educación Popular partimos de estas premisas:

Sólo el pueblo puede cambiar esta realidad.

Nadie sabe todo y no hay nadie que no sepa nada.

El que lucha ya sabe, pero el que reflexiona sobre sus luchas, lucha mejor.

La formación está relacionada siempre con los desafíos que nos va imponiendo la práctica. Y esto es así no sólo en los espacios de la vida cotidiana del movimiento –como las asambleas o la lucha en las calles–, sino también en los talleres de formación más sistemáticos”.

Los bachilleratos y las nuevas prácticas educativas

A la hora de analizar cuáles son los “modos” en que se desarrollan los Bachilleratos Populares, podemos identificar dos planos diferentes que están relacionados y que se vinculan con la Educación Popular: la concepción política y la práctica pedagógica.

Uno de los rasgos más característicos de los Bachilleratos Populares es la autogestión. En efecto, las organizaciones sociales no sólo se encargan de brindar la infraestructura necesaria para poder llevar a cabo esas iniciativas, a través de ofrecer los espacios comunitarios y difundir entre los integrantes de esas organizaciones y sus vecinos esas iniciativas, sino, fundamentalmente, de elaborar los diseños curriculares que se desarrollarán a

lo largo del bachillerato y los contenidos de cada asignatura, y de elegir a los docentes que serán responsables de coordinar las materias, aspecto característico que se contrapone a la educación tradicional, donde el docente “dicta” la asignatura.

En ese sentido, toma dimensión a la hora de elaborar las clases la idea de lo “colectivo”. Como se expresa en el trabajo de Hernández y Pacheco (2009) estas están a cargo de por lo menos dos docentes que se constituyen como colectivo pedagógico cuya tarea consiste “principalmente en que haya un trabajo colectivo también desde la docencia, la idea es que los espacios sean colectivos, que no haya espacios individuales de producción sino que, tanto las asambleas de estudiantes y docentes, las reuniones del equipo docente y el dictado de las materias mismas sean desde un colectivo” (Extracto de entrevista realizada a Mateo, docente y militante del FPDS).

El rol del docente se centra en la coordinación del proceso de aprendizaje, pero la planificación se elabora también colectivamente a través de talleres y reuniones de trabajo docente. En los bachilleratos populares existen instancias colectivas que integran tanto a los docentes como a los alumnos –generalmente son asambleas mensuales– donde se comparten las experiencias vividas, los problemas que surgen en la cotidianeidad y se discuten cuestiones relacionadas con la propia dinámica de la organización social.

Un aspecto crucial en todo sistema educativo lo constituye la evaluación. Contrariamente a lo que ocurre en la educación tradicional, en los bachilleratos populares esta instancia se denomina balance/evaluación, donde la evaluación constituye una instancia más del proceso de aprendizaje, en la cual todos los sujetos participantes ponen en juego sus opiniones en relación con los contenidos de las asignaturas y el compromiso de cada uno en el desarrollo de las clases.

En ese aspecto, y como muestra del funcionamiento de los bachilleratos populares, es apropiado ejemplificar a través del Bachillerato Popular Roca Negra una discusión en torno a la evaluación. En un principio, de conjunto se había definido que los alumnos no tuvieran un boletín de calificaciones, pero los estudiantes demandaron que este existiera y que incluso también se brindaran calificaciones numéricas, como forma de “asumir” que se participaba de una escuela de similar manera que la tradicional. Luego de varias discusiones, se concluyó que existiría un cuaderno de evaluación, contenido por los siguientes ejes en cada materia: 1) presencia en clase. 2) Participación/compromiso. 3) Actitudes con respecto al aprendizaje, a los compañeros/as, a los docentes. Lo grupal, lo vincular. 4) Cómo fue el proceso de aprendizaje. Cambios y resistencias a lo largo del trimestre. 5) Comprensión y articulación de los contenidos. Elaboración y síntesis propia (Hernández y Pacheco, 2009).

Retomando la cuestión de los contenidos curriculares, existe una apuesta por la interdisciplinariedad. Por ejemplo, el Bachillerato Bartolina Sisa de la ciudad de La Plata cuenta con una docena de materias, que trabajan en forma interdisciplinaria, agrupadas en Lenguajes y Culturas, Ambiente, Salud, Matemática y Comunicación y Organización. Como expresa Manuela Palma –una de las docentes que integra ese bachillerato–: “La fragmentación de los contenidos es una de las críticas que le hacemos a la educación formal. Pensar al alumno

como un cajón donde uno mete una materia y después la otra. Nosotros trabajamos con ejes conceptuales. A veces, en un bachillerato formal es difícil lograr que dos profesores coincidan en una forma de trabajo” (*La Pulseada*, 2011).

En ese sentido, señala Roberto Elisalde que el “diseño curricular tiene como uno de los vértices principales la formación de sujetos políticos, críticos”.

Bachilleratos populares y el Estado

Más allá de la práctica autogestiva de los bachilleratos populares, las organizaciones sociales que los promueven no intentan reemplazar al Estado en cuanto a su obligación de brindar una educación pública de calidad para todos los sectores sociales.

De hecho, los bachilleratos populares realizan una serie de reclamos –a través de diferentes movilizaciones– para que este no sólo reconozca la validez de los títulos, sino también para que los docentes que integran los bachilleratos puedan cobrar un salario, para que aquellos estudiantes que más lo necesiten puedan acceder a una beca y para realizar mejoras edilicias en los lugares donde funcionan.

En ese sentido, se plantea la autonomía y la autogestión política de los bachilleratos y se reclama su oficialización por parte del Estado, para permitir el reconocimiento y la financiación de todas las experiencias de educación popular que llevan a cabo las organizaciones sociales.

Desde el bachillerato de Roca Negra, al respecto, se expresa que “esa es la relación tensa entre la autonomía y el Estado, porque si bien pregonamos la autonomía, también hay un hilo muy delgado de no terminar haciendo gratis lo que el Estado debería hacer con renta. Es decir, tapándole los baches al Estado y, encima, gratis [...] también ahí aparece el eje de la confrontación y de la lucha, que es estratégico también, no sólo en términos políticos sino también de concepción pedagógica. Siempre desde la Educación Popular se sostiene que los sujetos cuando luchan y se organizan se educan colectivamente de una forma mucho más sólida y mucho más veloz que cuando no hay procesos de organización y de lucha”.

“Ahí está la autonomía. Por eso la relación tensa, porque uno le exige al Estado que ponga plata, pero cuando el Estado quiere poner además de plata ideas y condiciones y cosas concretas que tienen que ver con afectar el proyecto y la organización de base de los trabajadores, ahí también es parte de la lucha. [...] No es sólo exigir que el Estado haga tal cosa, sino que también respete nuestra autonomía y nuestra iniciativa en las propias instancias de base en las que esas cosas se llevan adelante” (Extracto de entrevista realizada a un docente y activista del Bachillerato Roca Negra, en Hernández y Pacheco, 2009).

En ese sentido, expresan Hernández y Pacheco que “La idea de autonomía, entonces, despliega un universo de sentidos con respecto al Estado y el poder hegemónico, pero también potencia la visualización de lo cotidiano y de la praxis política como construcción alternativa a los poderes establecidos. Una insubordinación contra lo impuesto, subversión de lo existente y creación de nuevas formas de relación entre los hombres y mujeres. Por supuesto que estas

prácticas conviven con tensiones, las cuáles a veces son vividas como fracasos o desafíos por delante. No pueden pensarse como prácticas puras, sino plagadas de contradicciones. Sin embargo, la autonomía aparece aquí como un valor que permite la libertad, condición sine qua non para una educación emancipadora”.

A fuerza del reclamo, las diferentes instancias estatales han reconocido la existencia de los Bachilleratos Populares, aunque todavía no se han logrado las reivindicaciones relacionadas con su financiación.

Por ejemplo, la provincia de Buenos Aires a través de la Resolución 3948/07, vigente desde noviembre de 2007, oficializó a los seis Bachilleratos que en ese momento estaban en funcionamiento, reconociendo “el funcionamiento de los Bachilleratos Populares como una propuesta de educación integral para adolescentes, jóvenes, adultos y adultos mayores que atienden las necesidades educativas y laborales”.

A fines de 2009, tras una serie de movilizaciones y protestas se firmó un acta con la Dirección de Adultos –que sólo incluyó a los Bachilleratos que figuraban en la resolución de 2007– y en marzo del año siguiente, se acordó una propuesta de “convenio de cooperación técnica” que reconoce las especificidades de esas experiencias, a la vez que establece el compromiso de la Dirección de Educación para el pago de los “salarios así como la documentación didáctica y los programas relacionados con las acciones docentes”, cuestión que aún no se ha efectivizado. Los Bachilleratos Populares están dentro de la figura del Centro Educativo de Nivel Secundario-Conveniado (CENS), que permite desarrollar una propuesta pedagógica propia y elegir a los docentes.

A modo de conclusión

Sin duda, el surgimiento de los Bachilleratos Populares implica una interpelación al Estado al cuestionar no sólo la exclusión social en que se ven envueltos quienes integran los movimientos sociales, que además de estar excluidos del mercado laboral lo están de la educación, sino también que implica un cuestionamiento al sistema educativo al no dar respuestas al conjunto de la sociedad.

A la vez, involucra un avance y una maduración de los nuevos movimientos sociales surgidos al calor de la crisis social que implicó el establecimiento de las políticas neoliberales a partir de los noventa en Argentina, donde surgieron nuevos actores políticos que aún tienen vigencia.

En ese sentido, más allá de los reclamos que dieron origen a esos movimientos, los que se han ido reconfigurando para abarcar dimensiones antes impensadas, tratando de transformar la realidad en todos los aspectos, incluido el educativo.

Además, y como cuestión fundamental de la práctica descrita, se llevan a cabo en toda su dimensión algunas de las ideas formuladas por Paulo Freire en cuanto a la puesta en práctica de la Educación Popular, donde de manera colectiva se construyen sujetos políticos, en el sentido más amplio de la palabra.

Notas

(1) Para la realización del presente trabajo, tomamos como referencia a partir de los trabajos existentes los Bachilleratos Populares que son llevados a cabo por esa organización social.

(2) Roberto Elisalde integra el CEIP (Cooperativa de Educadores e Investigadores Populares), que gestionan junto al Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas los Bachilleratos Populares que se establecieron en diferentes fábricas.

(3) Disponible en su sitio web: www.frentedariosantillan.org.

Bibliografía

Área de Formación del Frente Popular Darío Santillán: Intervención presentada en el Encuentro de Educadores Populares de América Latina Escuela Nacional Florestan Fernandes, Brasil 5 al 7 de octubre de 2007.

FREIRE, Paulo: *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores, 1970.

HERNÁNDEZ, Diana y Mariano PACHECO: "El porvenir de una utopía. El Bachillerato Popular Roca Negra/Frente Popular Darío Santillán: un estudio de caso". En *Prensa De Frente*, 20 de abril de 2009.

MESTRE, José: "El proceso comienza en los 90 como resistencia a las políticas neoliberales", entrevista a Roberto Elisalde, *Página 12*, 7 de febrero de 2011.

SAHADE, Javier: "Bachilleratos Populares". En revista *La Pulseada*, N.º 90, junio 2011.

SVAMPA, Maristella y Sebastián PEREYRA: "La política de los movimientos piqueteros", en Schuster, Naishtat y Pereyra Nardacchione:

SCHUSTER, F., F. NAISHTAT, G. NARDACCHIONE y S. PEREYRA, (comps.): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.